

# DIARIO DE MURCIA.

PERIÓDICO DE TODO,

**MENOS POLITICA Y RELIGION.**

Sale todos los días, excepto los lunes.—Se suscribe en Murcia, en la librería de Carlos Palacios á 6 rs. cada mes, y 8 fuera franco de porte.—Los anuncios se insertarán á medio real por línea.

No pasa día sin que se oiga hablar de nuevos descubrimientos, nuevas invenciones que á no dudarlo contribuyen al enriquecimiento de las ciencias, al adelanto de las artes y al ensanche del comercio. Tampoco pasa día sin que los elogios y aplausos del periodismo, de los círculos de todas las clases sociales se sucedan con frecuencia, y por este medio esciten la admiración de todos hácia esta época tan llena de novedades y portentos. Nosotros, que siempre nos hemos encontrado dispuestos á participar de la admiración general, á dispensar al genio las alabanzas á que se hace acreedor; nosotros, repetimos, que en cualquiera ocasión hemos testificado nuestro amor á los adelantos, nuestra imparcialidad al juzgar de las ventajas que estos nos reportan, vengan de donde vinieren, no podemos prescindir ahora de confirmar esta verdad, y confesar á la vez que este siglo, con sobrada razón, es realmente el siglo de las luces, el siglo en que se ha inaugurado, por decirlo así, el desarrollo del mundo material é interno.

Con efecto, por todas partes que tendamos nuestra vista, donde quiera que fijemos nuestra consideración encontraremos los productos de las inspiraciones del genio, la realización de pensamientos atrevidos, obras magnas que en otro tiempo existieran acaso en alguna imaginación calenturienta. La animación, la vida y el movimiento de nuestra época es el constante objeto, como ya hemos dicho, de la prensa y de todas las clases de la sociedad.

Ahora bien, en virtud de tantas mejoras parece sin embargo muy lógico que nuestras necesidades desapareciesen poco á poco y se ofreciese á nuestra vista la prosecución de un cuadro completo de felicidad positiva. Y esta felicidad que tan en armonía debiera estar con los progresos de nuestra civilización, ¿se reconoce en su mas pequeña parte? No, y mil veces no. Los descubrimientos se suceden con extraordinaria frecuencia, la imaginación trabaja, el entendimiento recibe un grande desarrollo, el afán por los resultados se testifica, y nuestras necesidades se acrecientan de un modo bastante sensible.

Este contraste se ofrece á nuestra consideración

como un problema difícil de resolver. Difícil de resolver hemos dicho, si, por que en ese caso habríamos de combatir indispensablemente con la energía de la verdadera convicción, ciertas costumbres tan arraigadas en la sociedad moderna; habríamos de anatematizar muchas prácticas tan admitidas como elogiadas, prácticas que se adoptan como elementos de ilustración y de progreso.

Jóvenes somos, destituidos de suficientes conocimientos para tocar esta materia con la delicadeza que ella exige; pero en cambio, si carecemos de esa circunstancia, hablamos con los hechos, con verdades al alcance de las imaginaciones menos avanzadas. Innegable es, pues, que el genio se eleva y que nuestras necesidades se acrecientan.

Contraste singular presenta por cierto nuestra sociedad! El saber, el genio de la época no puede combatir esas costumbres perniciosas que hoy se adquieren por moda, mañana se conservan como necesidades, y sumergen en una miseria vergonzosa á multitud de familias. No puede extinguir ese frenesí de representar importantes papeles en la gran comedia del mundo, esas apariencias deslumbradoras, ese lujo, en fin, que todo lo invade ahora, y después se ve degenerado en una verdadera calamidad social.

¿Y qué pensar de todo esto? Consecuencia será decir que los adelantos de la época son ineficaces, carecen del valor, del mérito casi fabuloso que se les quiere dar puesto que no bastan á contener el acrecentamiento de nuestras miserias.

Por mas desfavorables que sean los juicios que algunos historiadores hayan hecho acerca de Alejandro de Médicis, los de Florencia aseguran que á este príncipe jamás le faltó el valor, el talento y el amor á la justicia. Para apoyar sus asertos citan varios ejemplos, y entre ellos los dos siguientes.

—Habiendo perdido un mercader su bolsa con sesenta ducados, prometió diez al que se la devolviese. Un aldeano tuvo la fortuna de encontrarla, la entregó con la mejor buena fé á su dueño y